

dió, como todos, al encanto, y después, como todos, tuvo un instante de enojo y de cólera al verse rechazado. Y lo más peregrino del caso fué que empezara enamorándose de ella y concluyese protegiendo sus amores con otro...

(*Isabel vuelve o soltarse del brazo; el Teniente Coronel sigue a la ventana y llama.*)

¡Sargento Pablo!

(*A Isabel.*)

Es una historia inverosímil, absurda...

(*Llamando.*)

¡Sargento!

(*A Isabel.*)

Tan absurda que yo la he creído a pies juntillos; pero usted hará perfectamente en no darle crédito ninguno.

ESCENA XII

DICHOS: SARGENTO, *por el foro.*

SARGENTO.—(*Precipitado.*)—A la orden.

TENIENTE CORONEL.—Dile al capitán Valle y

a los demás oficiales que pueden subir a despedirse de estas señoras.

SARGENTO.—(*Brimcando.*)—¡Olé!

TENIENTE CORONEL.—¿Qué es eso? ¡Tres días de arresto, Sargento!

SARGENTO.—Y me pone usted seis y es igual: es el doble, pero es igual de gusto.

TENIENTE CORONEL.—Bueno, pues...

ISABEL.—Pasó el minuto de silencio... Al romperlo, mi primera palabra es de perdón.

TENIENTE CORONEL.—Vete en paz... ¡y dale las gracias!

SARGENTO.—(*Aparte a Isabel.*)—Doña Isabelita... ¡meta usted al cabo García!

ISABEL.—¿Dónde?

SARGENTO.—En el perdón.

TENIENTE CORONEL.—¡Y largo!

SARGENTO.—¡Por el aire volvemos!

(*Mutis rápido por el foro.*)

ESCENA XIII

ISABEL y el TENIENTE CORONEL.

ISABEL.—Cuánta gente buena hay en el mundo...

TENIENTE CORONEL.—Mucha, pero me costaría trabajo citar el nombre de alguien.

ISABEL.—¿Lo digo yo?... Pues uno, el Sargento.

TENIENTE CORONEL.—Uno.

ISABEL.—¿Otro?... Un señor Coronel que perdona al cabo García...

TENIENTE CORONEL.—No. Llegó tarde a formar, y...

ISABEL.—Ya lo sé. El amor. ¿No dispensará usted la falta por el motivo?

TENIENTE CORONEL.—Le perdonaré también. Hoy estoy completamente dentro de lo inverosímil.

(Saludando.)

Con su venia, señora...

ISABEL.—Hasta siempre.

(Dándole la mano muy afectuosa. Mutis Teniente Coronel, por la izquierda.)

ESCENA XIV

ISABEL, PEPITA *por la derecha: Dentro de lo inverosímil.*

ISABEL. — *(Entrando lentamente.)* — ¿Escuchabas?

PEPITA. — Oía, que no es lo mismo.

ISABEL. — Entonces sabrás...

PEPITA. — Absolutamente nada. Y por saber algo te buscaba.

ISABEL. — ¿Algo de quién?

PEPITA. — Mío.

ISABEL. — ¿Ignoras lo tuyo?

PEPITA. — Es curioso, ¿verdad?... Pero así es. No sé absolutamente nada de lo que cuentan de mí.

ISABEL. — ¿Y te figuras que yo...?

PEPITA. — Tampoco me lo figuro: no hago más que preguntarte.

ISABEL. — Eso nunca es peligroso.

PEPITA. — Al contrario, muy útil. Y en el supuesto de que hayan podido censurarme, la mayor satisfacción sería que trajeran el cuento a tus oídos, en la seguridad plena de que tú me

defenderías, afeando además la conducta del calumniador.

ISABEL.—En el caso de que fuera calumnia.

PEPITA.—Exactamente.

ISABEL.—Pues tranquilízate: nadie me contó de ti ninguna mentira.

PEPITA.—¿Y verdades?

ISABEL.—Verdades, sí; pero tú no eres de las que se pueden intranquilizar por ellas.

PEPITA.—No.

ISABEL.—Me consta.

PEPITA.—Pues encontrándonos tan firmes en nuestra amistad, ya no tengo temor a que interpretes mal una noticia. El Teniente Coronel cree que Santiago Valle está enamorado de mi, y para evitarme el encuentro poco grato no le consiente entrar en la casa... ¿Quién le habrá dicho tal disparate?

ISABEL.—Un disparate lo dice cualquiera. Y para que veas las vueltas que le dan a una misma noticia... ¿a que no aciertas lo que suponen?

PEPITA.—¿Que efectivamente me quiere?

ISABEL.—Ya apostaba yo a que no acertarías.

PEPITA.—¿Que le quiero yo?

ISABEL.—Tú sabrás.

PEPITA.—(*Incomodada.*)—¡Pregunto si dicen eso!

ISABEL.—(*Inocente.*)—No, mujer, no.

PEPITA.—Entonces ¿qué?

ISABEL.—Pues dijeron que Santiago está en amores, o en celos de amores, conmigo.

PEPITA.—¿Y esa es la causa de no dejarle entrar.

ISABEL.—Y esa es la causa de que entre ahora mismo.

PEPITA.—¿Le mandó a llamar?

ISABEL.—No. Accede a que venga.

PEPITA.—Eso no es cierto.

ISABEL.—No tardarás en convencerte.

PEPITA.—¿Y el Teniente Coronel hace esos papeles de intermediario?

ISABEL.—No habrá aprendido aún los de cizañero.

PEPITA.—¡Isabel!

ISABEL.—¿Tienes tú la exclusiva?

PEPITA.—Eso me molesta.

ISABEL.—Y con mucha razón. Precisamente porque no lo eres, no debías molestarte ni pensar en verte aludida siquiera cuando se nombra a cizañeros y a enredadores.

PEPITA.—(*Calmándose.*)—Eres deliciosa.

ISABEL.—Y si no lo soy, quisiera serlo.

PEPITA.—Lo esencial es que lo tuyo va camino de boda. Pues mi enhorabuena.

ISABEL.—Si llegamos a ello no olvidaré la satisfacción tuya por mi felicidad.

PEPITA.—Ya puedes estar cierta de que lo celebro con el alma.

ISABEL.—Si no lo estuviera, no te lo diría tan pronto.

PEPITA.—Me marchó encantada.

ISABEL.—¡No te marches!

PEPITA.—De la habitación: a otra, a los salones.

ISABEL.—Eso a donde quieras. Adiós, Pepita.

PEPITA.—Adiós, Isabelita.

ISABEL.—Y perdona si te gané la partida.

PEPITA.—Por casarse contigo no soy yo la que pierde.

ISABEL.—¿Yo?...

PEPITA.—Tampoco: él. Y además, conmigo no era posible el matrimonio.

ISABEL.—(Con candidez.)—Es verdad: nos olvidábamos de tu marido.

PEPITA.—Tú, tú; yo no. Adiós, Isabelita.

(Mutis por la izquierda.)

ISABEL.—Adiós, Pepita.

ESCENA XV

ISABEL, SARGENTO, *por el foro.*

SARGENTO.—Viene en seguida. Tardará una miaja, porque estaba sentado en una piedra.

ISABEL.—Con levantarse, despachaba.

SARGENTO.—¡Sí, sí, despachar! Y las botas con un poco de barro y el pantalón con un poco de polvo..., y todo eso hay que quitarlo cuando se viene de visita, para que las señoras no digan que no hay aseo personal.

ISABEL.—(Pendiente de atender a la ventana, mirando a ver si divisa a Santiago.)—¿Es presumido?

SARGENTO.—Todos lo somos, y eso que algunos, como yo esta noche, presumimos para las once mil vírgenes. ¡No esté usted impaciente!

ISABEL.—Es que tarda.

SARGENTO.—Tendrá más polvo del que yo creí.

ISABEL.—¡Calle!

SARGENTO.—(Viendo a Sebastián.)—Una mosca: habrá que espantarla.

ESCENA XVI

DICHOS: SEBASTIÁN, *por la izquierda.*

SEBASTIÁN.—Tía Isabel, ¿por qué no vienes al salón?

SARGENTO.—¡Qué oportuno es! Siempre tiene una idea para escacharrar a alguien.

SEBASTIÁN.—¿Eh, tía?

ISABEL.—Ahora iré. Me despedía del Sargento.

SARGENTO.—Muchísimas gracias.

SEBASTIÁN.—Es muy simpático.

SARGENTO.—Repito.

SEBASTIÁN.—Es verdad.

SARGENTO.—¡Usted sí que es un hombrecito! Ya me contaron, ya, la táctica de usted para defender el castillo...

SEBASTIÁN.—No había elementos.

SARGENTO.—Aunque los hubiera.

SEBASTIÁN.—E hice lo que pude buenamente y con la mejor voluntad para servir y defender a las señoras. Puse unos hombres en la ventana...

SARGENTO.—Táctica.

SEBASTIÁN.—Otros a la puerta.

SARGENTO.—Allí debían estar siempre la mayor parte y no dentro de casa, que son una plaga, como ese condenado cabo García, ¡que le voy a reventar!

SEBASTIÁN.—Y yo vigilándolos a todos.

SARGENTO.—Basta. Usted ha nacido para la guerra: y si no ha nacido, se hizo después. Es muy posible que le den a usted alguna recompensa por su comportamiento.

SEBASTIÁN.—No vale la pena.

SARGENTO.—¿Que no vale?

SEBASTIÁN.—Sí... ¿Cree usted que el Teniente Coronel dirá algo en Madrid?

SARGENTO.—Eso cuenta usted con que lo cuenta: en Madrid y en todas partes.

SEBASTIÁN.—¿Alguna cruz, tal vez?

SARGENTO.—Lo menos. Así lo decía él.

SEBASTIÁN.—(*Entusiasmado.*)—¿Lo decía el Teniente Coronel?

SARGENTO.—Sí, señor. ¿No lo oyó usted, doña Isabelita.

ISABEL.—No.

SARGENTO.—(*Haciéndole guiños desesperado.*)—Que si lo oyó usted.

ISABEL.—No lo oí.

SARGENTO.—Bueno, es igual. Hablaba con el capitán Rodrigo de las dos cosas, de usted, de la cruz, y yo he ligado todo eso.

SEBASTIÁN.—Pues voy a verle.

SARGENTO.—Vaya.

SEBASTIÁN.—¿Vienes, tía?

ISABEL.—Ahora.

SARGENTO.—Detrás de usted.

SEBASTIÁN.—Bueno.

(Mutis por la izquierda.)

SARGENTO.—Si manejaba usted al tío como yo manejo al sobrino, habrá usted sido muy feliz en su desgraciado matrimonio, doña Isabelita.

ISABEL.—*(Secamente)*.—Mucho. ¿Pero usted dió el recado?

SARGENTO.—¿Al capitán?... ¡Ahí está!

ISABEL.—Váyase usted.

(Mutis Isabel rápidamente por la derecha.)

SARGENTO.—*(Asombrado)*.—¿Y se marcha ella?

(Queda a foro derecha.)

ESCENA XVII

EL SARGENTO. SANTIAGO VALLE, con PÉREZ, por el foro derecha.

SANTIAGO.—*(Sin ver al Sargento)*.—¿Se puede?

PÉREZ.—Yo avisaré a la señorita.

(Mutis por la izquierda.)

SARGENTO.—*(Vas equivocado, Pérez)*.

ISABEL.—*(Saliendo naturalmente y sorprendiéndose algo)*.—Señor Capitán...; encantada de que honre usted mi casa.

SARGENTO.—*(Pero qué sabiduría tienen las mujeres)*.

SANTIAGO.—Usted disculpará mi presencia sin haberle rogado previamente que la autorizara.

ISABEL.—¿Dudaba usted de la respuesta?

SANTIAGO.—No. Pero aun estando convencido no me hubiera tomado esa libertad. Entro y pido licencia después porque da la circunstancia de que he recibido un aviso.

SARGENTO.—*(Los tres merecías)*.

ISABEL.—¿Del Teniente Coronel? Entonces no se lo agradezco a usted más que a medias.

SANTIAGO.—¿Nada más?

SARGENTO.—(Ahora se lo larga.)

*SANTIAGO.—Y tal vez ni eso merezca... Verdad que en este mundo, donde las apariencias engañan tanto, y sólo por apariencias hemos de juzgar, ha de ser muy difícil dar a cada uno su merecido.

SARGENTO.—(¡No es eso lo que tiene usted que decir ahora, hombre!)

(Isabel, que ha visto al Sargento, le manda retirar con un gesto disimulado para que no le vea Santiago. El Sargento va retirándose lentamente hacia el foro, y atendiendo a la conversación.)

SANTIAGO.—¡Si usted sospechara qué noche tan cruel he pasado!... Y eso que la noche era bien hermosa, con todo el esplendor de la luna...

SARGENTO.—(¡Déjese usted de lunas, hombre!)

SANTIAGO.—Que me traía a la memoria otros tiempos más dichosos en que tuve todas las felicidades, incluso amor.

SARGENTO.—(¡Duro ahí!)

SANTIAGO.—Más tarde, mientras galopábamos monte arriba en busca del fantástico enemigo, ansiosos de pelea y ávidos de laureles...

SARGENTO.—(¿Le va a contar la expedición? No es eso lo del caso.)

SANTIAGO.—Cuando todos pensaban en la muerte o en la gloria...

SARGENTO.—(¡No es eso!)

SANTIAGO.—Yo no podía apartar del pensamiento la visión del amor y la imagen de una mujer.

SARGENTO.—(Aparte, pero fuerte y contento.)—¡Eso es!

SANTIAGO.—(Que ahora oye al Sargento.)—¿Qué hace usted aquí, Sargento?

SARGENTO.—(¿Qué haré yo aquí, Señor?)

SANTIAGO.—¡A usted le voy a sentar yo la mano muy duramente!

ISABEL.—Ha cumplido una orden del Coronel.

SARGENTO.—Claro.

SANTIAGO.—Y ahora, ¿por qué no se retira?

ISABEL.—Porque usted no se lo manda.

SARGENTO.—¡Claro!

SANTIAGO.—¿Tengo yo la culpa?

ISABEL.—¡Evidente!

SANTIAGO.—(*Riendo.*)—Perdone usted, Sargento, que le haya molestado,

SARGENTO.—No diga usted más: está usted perdonado, mi Capitán.

SANTIAGO.—Y ahora, ¿quiere usted hacer el favor de retirarse, Sargento.

SARGENTO.—Con muchísimo gusto.

ISABEL.—Por allí encontrará usted a Pérez.

(*Por la izquierda.*)

Digale de mi parte que le obsequie.

SARGENTO.—Se lo *Peresdiré*. Doña Isabelita, si hubiera un hombre con la mitad del talento de una mujer, a todos los hombres que se creen con talento había que ponerles una falda de las de *entravé*.

ISABEL.—(*Empujándole.*)—Ande, váyase.

(*Isabel le empuja, y mutis Sargento por la izquierda.*)

ESCENA XVIII

ISABEL y SANTIAGO.

SANTIAGO.—(*Acercándose a ella mientras Isabel, riendo, se convence de que el Sargento*

se marcha. Muy bajito y muy amoroso.)—Te quiero, Isabel...

ISABEL.—Ya lo sé. Y tú lo sabes de mí. Pero eso aún no es lo que necesitamos para nuestra vida futura.

SANTIAGO.—¿Me perdonas?

ISABEL.—Tampoco es eso. Ni perdón tuyo ni perdón mío.

SANTIAGO.—¿Deseas que reniegue de todo lo pasado y que empecemos hoy la cuenta de nuestra vida?

ISABEL.—Ahí, ahí es donde te espero. Sin renegar, porque eso es inútil; sin pretender que no haya existido, porque eso es absurdo, dime tú si me quieres para el resto de la vida con todo el bagaje que traigo de la vida que ya pasó.

SANTIAGO.—Así te quiero.

ISABEL.—Pues así, y no de otra manera, te quiero yo, Santiago.

(*Entregándole su mano.*)

SANTIAGO.—(*Reteniéndola.*)—¿Y aguardabas por mí?

ISABEL.—Ya ves si aguardaría, que doña Desdenes me llamaron.

SANTIAGO.—¡Isabel!

ISABEL.—Pero tú merecías que al llegar a buscarme continuara siendo yo doña Desdenes.

SANTIAGO.—(*Asombrado.*)—¿Conmigo?

ISABEL.—Un momento siquiera, para castigarte.

SANTIAGO.—¡Imposible!

ISABEL.—¿Por qué?

SANTIAGO.—¿Conmigo?...

(*Abrazándola.*)

No podía ser, no podía ser.

ISABEL.—Si empezabas así, claro que no.

SANTIAGO.—Pues así empiezo a preguntarte si me quieres.

(*Quedan un momento abrazados.*)

ESCENA XIX

DICHOS: PEPITA y RODRIGO, *por la izquierda. Rodrigo, al ver a los otros abrazados, abraza a Pepita.*

PEPITA.—(*Defendiéndose.*)—¿Qué hace usted?

RODRIGO.—Como lo vi hacer, creí era una costumbre de la casa.

PEPITA.—¡Pues no, señor!

ESCENA XX

DICHOS: *el TENIENTE CORONEL y el SARGENTO por la izquierda.*

SARGENTO.—Mire usted, mire usted... ¡esto es superior!

TENIENTE CORONEL.—¿Por qué me pone usted la mano encima?... ¡Una semana de arresto, sargento!

(*Continúa a saludar a Isabel.*)

SARGENTO.—Está muy bien. Pero es muy grande lo que a mí me pasa, ¡Señor! Si se pelean, arrestado tres días; si se abrazan, arrestado una semana... ¡Si los llega a pescar con más intimidad, me paso yo la vida en un calabozo!

SANTIAGO.—Perdone usted, mi Teniente Coronel...

TENIENTE CORONEL.—¡Enhorabuena, enhorabuena!

SARGENTO.—(¿Y qué culpa tengo yo de que se den achuchones, señor?)

ESCENA XXI

DICHOS: SEBASTIÁN, *por la izquierda.*

SEBASTIÁN.—(*Al Sargento.*)—Mi Coronel, mi Coronel...

SARGENTO.—(*Empujándole.*)—¡Que no soy yo, hombre!

TENIENTE CORONEL.—¿Qué es?

SEBASTIÁN.—Muchísimas gracias por las buenas ausencias que hizo usted de mí.

TENIENTE CORONEL.—Yo no he hablado de usted para nada.

SEBASTIÁN.—¿Cómo que no? El Sargento me dijo que le oyera a usted lo de la cruz...

TENIENTE CORONEL.—¿Qué cruz? ¡¡Sargento!!

SARGENTO.—(*Desesperado.*)—¡Adiós!

TENIENTE CORONEL.—Dos semanas más de calabozo.

SARGENTO.—¡Bueno! Lo de la cruz ha salido verdad, ¡pero es para mí! ¡Qué desgraciados somos los sargentos!

ESCENA XXII

DICHOS: CRIADA 1.^a *por la derecha.*

CRIADA 1.^a—(*Lloriqueando.*)—Señorita... las espuelas...

TENIENTE CORONEL.—¿De quién son?

CRIADA 1.^a—Mías... es decir, mías no, señor.

SARGENTO.—(*Corriendo a cogerlas.*)—Del cabo García... ¡Maldita sea su estampa!

TENIENTE CORONEL.—¡Sargento!

SARGENTO.—(*Cuadrándose: aparte.*)—(Diez y ocho siglos bajo tierra.)

ISABEL.—Mi Coronel, la presencia de ustedes me trajo la felicidad. Que de mi casa no salga nadie con un disgusto.

TENIENTE CORONEL.—Será usted complacida una vez más.

ISABEL.—Gracias.

TENIENTE CORONEL.—¿Y cuándo la boda?

SEBASTIÁN.—Muy pronto.

ISABEL.—¿Irán ustedes... todos?

SEBASTIÁN.—(*Afligido.*)—Tía... ¿Vas a dejar de ser mi tía?

PEPITA.—No. Así será que tendrá usted un tío más.

SARGENTO.—(*Aparte a la criada.*)—¿Enamorrarse de un cabo?... ¡Tonta! ¡Se ha perdido usted un sargento!

(*Dándola un empujón. Todos felicitan a Isabel. La criada sigue lloriqueando.*)

TELON

FIN DE LA COMEDIA

EL CABALLERO LOBO

Fábula en tres jornadas y en prosa, estrenada en el TEATRO ESPAÑOL el 22 de Enero de 1909.